



adverbiadas pasaron los cien años del nacimiento del poeta que tuvo, como él dijese, una "posición trágica y dramática ante la vida". Más se recordó su trágica muerte, el 10 de septiembre de 1968, a los 74 años. En esa mañana, a las 11, un disparo asustó a los pájaros de la bucólica calle Valladolid, en La Reina, y estremeció a los chilenos.

Como Hemingway y no como Edwards Belló, una bala terminó con la vida de Pablo de Rokha, nacido como Carlos Díaz Loyola en el hano pueblo de Licantén en Curicó, y cuya poesía —al decir de un crítico— sería "como una intima y amantadora empujante, que rugiente se aporrea siempre para dejar caer su peso trágico sobre los apacibles habitantes del valle".

Como Don Quixote —lo evoca Alfonso Calderón—, el descanso de Pablo de Rokha fue pelear. "Nadie como él para la coeternidad, para un vivir de 'se la hago, se la pago'".

Pero un luchador siempre puede terminar aburriéndose. Y de Rokha, aparte de ser uno de los vates que ha producido la poesía más varonil del habla castellana, tenía otra condición humana: degustar las esencias criollas. Curiosamente, él y su cordial enemigo Pablo Neruda, fueron los mejores diestros de la poesía chilena. Calderón considera que la *Epopeya de los comidos* y de las *bebidas de Chile*, que escribiere de Rokha es "un poema capital de las letras continentales".

Calderón, maestro de nostalgias, guarda de él un recuerdo "rebelde": "montañas de longanizas, quesos, panes, avies, cuises, pebre, cuchareado, vino y aguardiente constituían su yantar y el de quien llevase una mano franca. El poeta vivía celebrando cotidianamente un alegre y dramático juicio final".

Pero eso no significa que la vida se le diera fácil. Fue una existencia azarosa, difícil, y con un sino trágico. Poco antes de apagar el quillo, había confesado: "Yo no me miro mucho adentro de mí mismo, porque me espanta. Soy un hombre lleno de muertos".

Había perdido 17 años antes a Winett de Rokha, que le dejase "definitivamente viado", como él se dijese. Su mujer le llamaba los ojos a ese iracundo gigante. "Toda mi obra está regida por esta gran mujer querida", explicaba. Su casa en La Reina, que levantó cuando ella ya no lo acompañaba, la llamó "Villa Winett" y en la entrada colocó un busto de ella que le hizo el escultor Roberto Polhammer. "Soy aborrecido, y tú una intensa sombra", le había dicho en uno de los tantos poemas que le dedicara.

Luego, adelantándosele, Carlos, su hijo más compañero, se mató de un tiro. La muerte lo obsesionaba en esa década del 60. Solo la abrumó por tres años el recibir el Premio Nacional de Literatura.

En la Revolución

El creativo poeta, ensayista y crítico Mario Ferrero, fallecido hace poco, y que lo visitara hasta



Asustado este gigante macizo y pelado, pero en el trato era afable, conversador y bueno para los "patitos".

A cien años de su nacimiento

El torrente Pablo de Rokha

HERNAN MILLAS

Su descanso fue pelear y se mató con un revólver que le obsequiara el general mexicano Lázaro Cárdenas, después de haber hecho juntos una cabalgata infernal rememorando a Emiliano Zapata. Su padre lo puso a estudiar en el Seminario, pero lo expulsaron por hereje. Hizo una epopeya de las comidas y bebidas chilenas: "Al causeo de patitas, póngale unos porotos frescos..."

sus últimos días, cuenta que "se encontraba triste, profundamente aburrido, extraño de sí mismo, por la primera vez inseguro". Y describía el arma, de donde vino ese "disparo horrible": "Era un inmenso revólver calibre 44, con bulto de oro, que le había sido obsequiado en 1914 por el general Lázaro Cárdenas, el pintor David Alfaro Siqueiros y los militares mexicanos a quienes acompañó Pablo de Rokha en la heroica cabalgata que reconstruyó las rutas de Emiliano Zapata y la revolución mexicana. La jornada duró más de una semana de esforzado galopar, en la clásica silla de pello que usaron los revolucionarios. Pablo de Rokha regresó desollado, a flor de Rapa Nui, pero regresó. Y en premio a su hombría de hano ganó este revólver descomunal con el que habría de cruzar las puertas de la muerte".

Su padre, que tenía un caballo, era también jefe de Adunas de Curitiqué, en el cón de río Maule, a la altura de las Termas de Panimávida, pero cuando la helada frontera. De adolescente él lo acompañaba, viajando a

caballo. Paraban en posadas y casas de la zona, y en los meses de verano, cuando el paso de la cordillera quedaba libre y sin nieve, la familia de 19 hijos se establecía en una casa de totora, en Curitiqué.

CRONICAS DE LA EPOCA

Allí, de Rokha aprendió a manejar la pistola y el Winchester, y tuvo sus primeros amigos en arrieros y cuatros, como también en gauchos que pasaban la frontera y en la noche montaban y cantaban vidalitas. En esas amistades se hizo conocedor de las bebidas y de las comidas chilenas, y sintió desprecio por los "síticos" que no lo apreciaban.

El amigo de piedra

Su padre lo envió a estudiar al Seminario de Talca, de donde fue expulsado "por hereje". Allí era Carlos Díaz Loyola, pero sus compañeros le dieron el sobrenombre de "el amigo de piedra".

De su pasada por el Seminario recibirá el don de enamorarse de los clásicos griegos y latinos. Pasó al Liceo de Talca, donde se hizo amigo de Domingo Meli, Aníbal Jara y Enrique Molina.

En 1912, de 18 años, llegó a Santiago a vivir en una pensión y decidido a estudiar ingeniería y leyes al mismo tiempo. Sus

compañeros leían a Baudelaire y él andaba con un volumen de Ordóñez. Les pareció un personaje extravagante. Y más cuando se hizo amigo de un grupo de pintores que estaba en ciernes, como Julio Grell de Zárate, que integraría el Grupo de Los Diez y sería director de la Escuela de Bellas Artes; y Pedro Luma, que más tarde se radicaría en París obteniendo premios. Más que la bohemia los gustaba conversar en la noche una botella de vino, a veces en un localito llamado *El Fígón de la Reina Patoja*, en Recoleta, y otras en *Papa Pato*, en Bandera, vecinos al Zepelin. A ellos les leyó sus primeros versos, los que le celebraron insistiéndole que los llevase al diario

La Mañana, que reunía a los más destacados valores jóvenes.

Su poesía produjo un sismo. Mientras todos trataban de imitar a los franceses, él salía iracundo lanzando versos que herían como piedras. Conquistó admiradores y también detractores. Los críticos más serios lo calificaron de anarquista. El les respondió con un poema: A Rosquillo y Nader, compasivamente. El director del diario lo llamó para decirle que tuviese cuidado, "porque a usted lo van a matar".

Un día en víspera de la liberación Nacimiento, en calle Alameda, apareció un ejemplar de *Walt Whitman*. De Rokha ese día decidió dedicar su vida a tratar de escribir con su misma pasión.

Viojó a la casa paterna y anunció su decisión. Su padre le hizo una sola pregunta: "¿Estás dispuesto a morir de hambre como poeta?". "Sí", fue su respuesta. Y el padre, a diferencia del progenitor de Neruda, le dio su bendición: "Así hablan los hombres".

Los Comidos fue su primer libro de poemas. Antes de publicarlo quemó siete. Ya había

El torrente Pablo de Rokha [artículo] Hernán Millas.

Libros y documentos

AUTORÍA

Millas, Hernán, 1921-2016

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El torrente Pablo de Rokha [artículo] Hernán Millas. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile